

CULTURA Y AUTONOMIA EN CATALUÑA

JOAQUIN MARCO

LOS PRINCIPIOS AUTONOMICOS

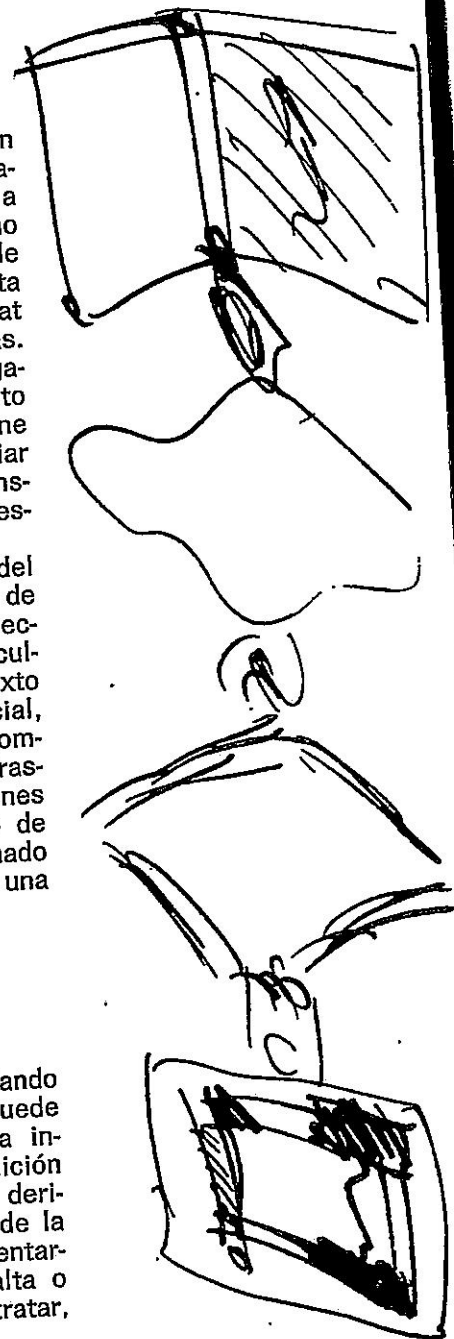
El largo proceso que ha conducido, tras la muerte del general Franco, a la recuperación de las instituciones autonómicas en Cataluña (el *Estatut de Autonomia*, la *Generalitat* y el *Parlament*) ha sido el resultado de unas exigencias planteadas por los partidos políticos parlamentarios catalanes, aunque para los más nacionalistas tales instituciones han llegado exageradamente recortadas en sus posibilidades por el Gobierno Central. Hay que tener presente, sin embargo, que son fruto de un pacto y que el mismo debe inscribirse en el peculiar desarrollo que ha alcanzado la democracia en el conjunto de España. La autonomía se ha sentido en Cataluña como una exigencia y una reparación histórica. No se trata, por consiguiente, de una más lógica y sensata distribución de funciones, descentralización del aparato estatal, etcétera, cara a un futuro inmediato, como parecen suponer algunas fuerzas políticas no catalanas que no entienden el proceso autonómico emprendido. La sociedad catalana reclama, claro es, toda suerte de descentralizaciones, pero también la recuperación de unas instituciones que fueron suprimidas en 1939 tras la victoria nacionalista, que se cebó en ellas. Cabe recordar aquí que las autoridades franquistas solicitaron la extradición del pre-

sidente de la Generalitat, Lluís Companys, en septiembre de 1941, a las autoridades alemanas de ocupación en Francia y, trasladado a España, fue fusilado en octubre del mismo año tras un consejo de guerra. El Gobierno de la Generalitat se mantuvo en el exilio hasta que el establecimiento de una Generalitat provisional permitió el retorno de Tarradellas. Todos los partidos políticos catalanes llegaron al acuerdo de apoyar el restablecimiento de una Generalitat provisional, y ello supone una característica que viene a diferenciar el gobierno autonómico catalán, que no constituye una novedad para Cataluña, sino el restablecimiento de una fórmula histórica.

No voy a entrar aquí en el estudio del texto autonómico, de sus limitaciones y de las posibilidades que ofrece, desde perspectivas jurídicas, para el desarrollo de la cultura. En definitiva, por el momento, el texto autonómico sólo es un órgano referencial, puesto que son todavía muy escasas las competencias que el Gobierno de Madrid ha trasladado a la Generalitat. Tras las elecciones para el Parlament, y después del triunfo de Jordi Pujol, éste ha reclamado —presionado por Esquerra Republicana de Catalunya— una revisión del texto autonómico.

LOS PRINCIPIOS AUTONOMICOS EN EL AMBITO DE LA CULTURA

El término «cultura» sigue resultando vago o equívoco en muchos aspectos. Puede englobar desde «formas de vida» hasta investigación y ciencia. Comporta una tradición histórica (no sólo nacional) y permite derivaciones no menos equívocas como la de la llamada «cultura popular». Puede segmentarse la cultura en planos, hablarse de alta o baja cultura o atender a los medios y tratar,



por ejemplo, de la «cultura de la imagen». Una definición como la que nos ofrece la antropología cultural: «conjunto de formas de vida materiales y espirituales de una sociedad» nos llevaría a zonas más alejadas de lo que hemos previsto. Sin embargo, debemos señalar aquí la falta de problematización con que se emplea corrientemente la fórmula «cultura catalana». Por tal se entiende, generalmente en estos momentos en Cataluña, no la que se está dando en una sociedad compleja como la catalana, sino la que se da unida a la lengua. Existen, sin embargo, abundantes formas culturales no ligadas a la lengua y otras que se dan en castellano. ¿Debemos considerar a estas últimas como no-catalanas?

Vamos a utilizar aquí el término «cultura» en el sentido vago y tradicional de su uso vulgar. Pero habrá que referirse en más de una ocasión al problema que subyace en su contenido semántico.

Durante el período franquista algunas zonas de la «cultura» resultaron difícilmente accesibles, por su misma naturaleza, a la represión. Así por ejemplo, artes como la música, la pintura, la escultura o las ciencias exactas o naturales, etc. no sufrieron otras represiones que las que tuvieron que soportar tales materias en el resto del país. Tales actividades fueron reprimidas en todo caso o por la personalidad de su ejecutante o por el exagerado centralismo que hizo que las instituciones culturales vieran con un cierto temor cuanto llegaba de las antiguas zonas autonómicas: Cataluña y el País Vasco, principalmente. Pero no cabe duda de que la represión no afectó a tales formas culturales tanto como a las que se han definido como Ciencias Humanas, a la literatura de creación, al cine, etc. Cuanto más próxima se hallaba la cultura de la lengua más difícilmen-



te era tolerable. El franquismo veía desde el principio con temor el uso, incluso, de la lengua catalana.

La identificación de la lengua con la cultura comporta serios problemas. En el caso del catalán, es de sobra conocido que la lengua se habla en zonas más amplias que las de la Cataluña histórica. Dejando a un lado las cuestiones fronterizas, el catalán cubre buena parte de Valencia, las islas Baleares, Andorra, el Rosellón (la llamada Cataluña Norte), el reducto de Algher hablan catalán. Las modalidades dialectales no vienen a modificar la existencia de una lengua culta o literaria, cuya normativa ortográfica está plenamente establecida desde la reforma de Pompeu Fabra (1913), en tanto que el «Institut d'Estudis Catalans» vela por una correcta evolución de la lengua normativizada. Pero la autonomía de los llamados Países Valencianos o País Valenciano y de las Islas discurro, en estos momentos, por otros caminos. En la Cataluña Norte el movimiento cultural reivindicativo es muy débil. La confusión entre lengua y cultura vendría a dificultar una propuesta cultural nacional válida. Incluso los partidos nacionalistas moderados y parlamentarios parecen haber abandonado —a corto plazo— la posibilidad de plantearse ahora ya globalmente la autonomía conjunta de lo que Joan Fuster denominara Países Catalanes, entidad que escapa, incluso, a las fronteras de España.

En todo caso, la posibilidad de recuperación lingüística en zonas como el Rosellón, donde el centralismo francés es más avasallador y efectivo que el castellano, dependería del éxito y proyección de la Cataluña histórica. El centralismo de Barcelona se verá progresivamente incrementado dado que la ciudad ha recuperado la capitalidad política,

dependencia de los recursos humanos y constitución de un modelo cultural.

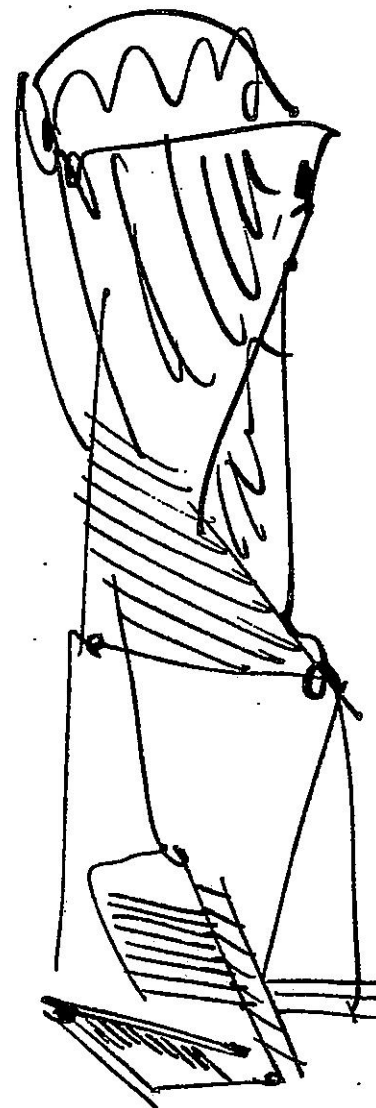
CULTURA Y EDUCACION

La persecución franquista contra la lengua catalana se inició inmediatamente después de la derrota republicana. Las escuelas implantaron la enseñanza exclusiva del castellano que fue proclamado como única lengua oficial. Aquellas aportaciones a la enseñanza experimental que habían progresado en los últimos años en Cataluña fueron eliminadas de raíz, de modo que desde 1939 y hasta finales de la década de los años sesenta (en la enseñanza privada) y hasta finales de los setenta (en la enseñanza oficial) el catalán fue literalmente barrido. La lengua del país se convirtió en un signo de resistencia anti-franquista, como lo fue también, en la década de los cuarenta, el baile de la sardana y, hasta la muerte de Franco, el uso de la bandera. La desaparición del catalán (de su enseñanza y de su uso) en los diversos grados de la enseñanza suprimió la posibilidad de un público lector y el uso exclusivo del castellano en los medios de comunicación parecía que iba a poner fin —sin un horizonte claro de cambio político— a una cultura normalizada en catalán. Se tenía la impresión de que el castellano se imponía al catalán, sin tener en cuenta que, en este caso, la lengua era un vehículo más que utilizaba el nuevo orden para una sistemática represión política. No debe extrañar, por consiguiente, que incluso hoy muchos nacionalistas esgriman el uso del catalán como el signo más visible de la identidad nacional, ni de que consideren (sin atender a las motivaciones) que el castellano es en Cataluña una lengua «opresora», «oficial», un signo del centralis-

mo. Durante la etapa del franquismo el catalán pasó de su anterior normalización —conseguida con no pocos esfuerzos— a una mera supervivencia y hoy se aspira de nuevo a una normalización. Los esfuerzos realizados en la primera enseñanza tropiezan todavía con graves dificultades por falta de recursos materiales y humanos. El acarreo de maestros de habla castellana en Cataluña obliga a un reciclaje no siempre posible. El reclutamiento de la clase enseñante a través de «oposiciones» de carácter estatal implica el desconocimiento de hecho del bilingüismo en Cataluña. Hoy, junto a escuelas que imparten su enseñanza en catalán (casi exclusivamente) de carácter privado, la mayoría de la enseñanza oficial sigue ofreciendo, cuando más, algunas horas de aprendizaje de catalán, cuando ello es posible. El problema se acentúa más en la enseñanza secundaria. Y en las Universidades catalanas no hay, por el momento, una posición clara sobre el fenómeno del bilingüismo.

Pero, por otra parte, hay que admitir, si pretendemos ser mínimamente objetivos, que no toda la comunidad catalana es catalanoparlante. De los 33.823.918 españoles censados en 1970, 5.122.142 vivían en Cataluña. Hasta 1974 el incremento de la población catalana se debió en mayor medida a la emigración del resto de la Península (incluyendo su propia reproducción) que a su crecimiento natural. Desglosado por años, obtendríamos el siguiente panorama entre 1965 y 1978:

Años	Porcentaje del crecimiento natural	Porcentaje del movimiento migratorio
1965	35,0	65,0
1966	46,3	53,7



Años	Porcentaje del crecimiento natural	Porcentaje del movimiento migratorio
1967	46,3	53,7
1968	58,6	41,4
1969	53,8	46,2
1970	50,6	49,4
1971	77,7	22,3
1972	64,1	35,9
1973	62,0	38,9
1974	55,6	44,4
1975	71,7	28,3
1976	86,7	13,3
1977	71,8	28,2
1978	88,5	11,5

Entre 1962 y 1970 la emigración en Cataluña fue de 498.333 personas censadas, aunque cabe señalar también que la capital catalana atrae el 80,1 por 100 de dicha emigración, de la que el 49,2 por 100 son andaluces (1). El desarrollo industrial del área barcelonesa en las décadas de los años cincuenta y sesenta, principalmente, supuso un fenómeno sociológicamente distinto de la emigración de la preguerra. Cuando se produjo aquélla, el proceso de recuperación catalanista, que coincide con el comienzo del siglo y culmina en los años de la II República, disponía de unos mecanismos de integración que permitían asimilar más fácil y rápidamente al emigrante. En la actualidad las ciudades-dormitorio, sobre todo los cinturones industriales de Barcelona y Tarragona, constituyen auténticos *ghettos* en los que, por el momento, parece difícil penetrar con unos planteamientos culturales catalanistas. Impe-

(1) Lluís Recolons: *La població de Catalunya*. Barcelona, 1978.

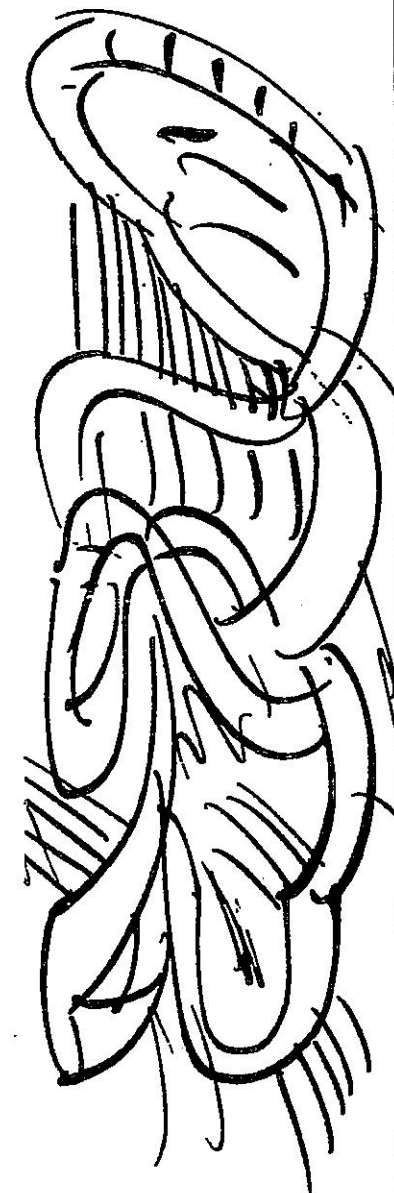
ra allí el uso del castellano. Pero, de otra parte, la población emigrada parece reducida a la condición inicial de «mano de obra», cuando no es la víctima del asfixiante paro que de ocasional se ha tornado endémico. Una vez más sería simple y simplista reducir el fenómeno de la emigración a la existencia del proletariado castellano-parlante, y frente a él situar una burguesía y unas capas medias claramente nacionalistas y, por ende, catalanistas.

Si entendiéramos por «cultura» un fenómeno ajeno a las «formas de vida» y a los modos de comunicación populares, podríamos concluir erróneamente que la población emigrante carece de «cultura», cuando dispone, en realidad, de otras formas de cultura propias, originarias, además de las que se le suministra a través de mecanismos que el Estado central ordena y usufructa y otros que les ofrece una civilización industrial vinculada a intereses internacionales (filmes, telefilmes, *comics*, *mass media* de toda índole, etc.). Buena parte de los emigrados no es consciente de su identidad cultural, pero ello no permite suponer que tal identidad no exista.

BASES PARA UNA IDENTIFICACION CULTURAL

Si los partidos nacionalistas catalanes propugnan una «catalanización» del país rápida y eficaz, al enfrentarse al hecho emigratorio les cabría adoptar las siguientes posiciones:

Convencer a la población emigrante para que abandone sus propios planteamientos culturales (por mínimos que sean o poco conscientes) y se integre en una «superior cultura catalana» por: 1) sentirse catalanes



y no precisamente «otros catalanes»; y 2) por meras conveniencias económicas (sería más fácil cambiar de clase mediante una adaptación a la «cultura catalana»).

En ambos casos la cultura catalana y el catalán podrían ser entendidos como una *imposición cultural*. Si una parte de la población emigrada, por reacción, rechazara una catalanización impuesta, aparecerían los primeros signos del enfrentamiento entre dos comunidades, enfrentamiento que sólo en una primera imagen se entendería como cultura, puesto que subyacen en él condicionantes políticos. Un signo evidente de tales temores es la aparición del PSA en Cataluña y los dos diputados que consiguió en el Parlament autonómico.

Otra posibilidad es la de la integración natural, creando los oportunos canales para que ésta se produzca a medio plazo. Ello requeriría una planificación cultural catalanista de largo alcance, y supondría admitir la convivencia del catalán y del castellano en plano de igualdad (lo que, por otra parte, reconoce la Constitución). El observador debe preguntarse si ello será posible con un gobierno catalán que se define primordialmente como nacionalista y cuya raíz burguesa no se disimula.

Algunos intelectuales nacionalistas han empezado ya a inquietarse por la lentitud con que se opera la catalanización del país, señalando en un manifiesto publicado en la excelente revista *Els Marges* (1979), vinculada a la Universidad Autónoma de Bellaterra y a su Departamento de Lengua y Literatura Catalana, cuatro interrogantes en torno al futuro de la lengua, a partir de la experiencia de los últimos años y que fueron calificados por el senador Josep Benet como «un angustioso grito de alerta que no debería de dejarnos indiferentes». Los cuatro puntos son:



a) cómo puede desarrollarse y perdurar la lengua y, por tanto, la cultura de una nación sin estado; b) cómo sin escuela y sin medios de comunicación social se puede integrar la parte de la población que no ha asumido la realidad nacional catalana; c) cómo se pueden introducir esta escuela y estos medios de comunicación en una población que no ha realizado su autointegración consciente, y d) cómo si una vida pública eminentemente catalana se puede poner en marcha un proceso lingüístico-cultural que justifique a la lengua como protagonista por sus realizaciones actuales.

Tales interrogantes, nada gratuitos, por otra parte, identifican lengua, cultura, nación y estado. Se plantea así un proceso que no es un entendido como tal y, de otro lado, se presupone que la lengua es a la cultura lo que la nación al Estado. Pero Joaquín Molas, uno de los firmantes del manifiesto, habla escrito en *Una cultura en crisis* (1971): «la cultura, como herencia histórica, es un hecho total, continuo, pluriclasista; por otra parte, hoy el consumo y la continuidad en la producción de esta cultura son netamente clasistas». ¿Podrá o sabrá un partido minoritario, como el encabezado por Jordi Pujol, asumir el hecho cultural en su totalidad, en su pluriclasismo?

El hecho de que la autonomía política llegue a Cataluña en el marco de una profunda crisis económica no hace sino dificultar el proceso de integración que los nacionalistas moderados catalanes tenían asumido con el lema de «es catalán quien vive y trabaja en Cataluña». Si Cataluña consiguiera constituirse como una «ínsula» en el seno del territorio español si sus diferencias con el resto del país fueran acentuándose, el proceso integrador de la comunidad emigrante en Cataluña sería mucho más rápido, incluso como mera

actitud de defensa de sus privilegios. Cabe preguntarse, sin embargo, si Cataluña podrá ofrecer en un próximo futuro algún privilegio de tipo socioeconómico a sus emigrantes ya establecidos y a los que lógicamente pueda acoger en los próximos años.

CULTURA Y CULTURAS EN CATALUÑA

Resulta excesivamente simple y simplista tratar de identificar la cultura catalana como una unidad, desligarla de la diversidad de la sociedad que la sustenta, no considerar que el proceso cultural que se está dando debe ser entendido en sentido distinto, según la clase social a la que se aluda. Sería también una ingenuidad hablar de «niveles» culturales aislados de su contexto social: alta o baja cultura; creación artística o científica, etcétera. El proceso de asumir una tradición es interminable. En una cultura como la británica o la germánica su estudio y configuración varían constantemente. En Cataluña, el proceso de ligar la tradición histórico-cultural a la cultura presente, contemporánea, comienza hoy a reemprenderse tras muchos años de silencios y dificultades. La continuidad cultural ha sido rota en numerosas circunstancias y en diversas etapas históricas.

Por otra parte, la crisis cultural que está viviendo Occidente se refleja, lógicamente, también en Cataluña. El peso de la tradición clásica grecolatina tiende a ser sustituido por el cultivo o aprendizaje de técnicas o de lenguas modernas. Pero nos hallamos en un estado intermedio y resulta difícil todavía precisar hacia dónde se dirigirá la cultura tradicional en un inmediato futuro. Antes de la guerra civil, por ejemplo, a instancias de Cambó se emprendió la traducción de las obras clásicas griegas y latinas (Fundación Bernat



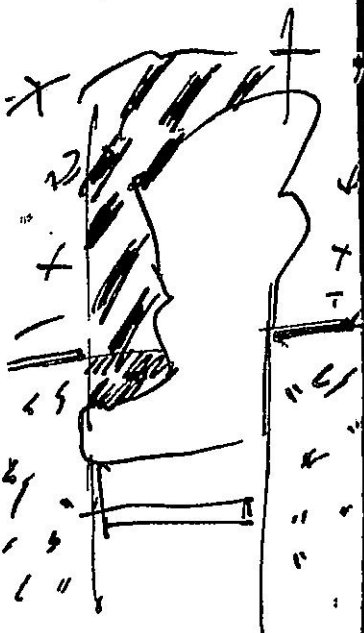
Motge); bajo los auspicios de Pujol se está finalizando la *Gran Enciclopèdia Catalana*. ¿Nos hallamos así más próximos a las inquietudes del siglo XVIII, un siglo enciclopedista?

De lo que no cabe duda es de que las Instituciones privadas no pueden ni podrán, en un próximo futuro, suplir la actividad de los políticos en el ámbito cultural. La socialización del hecho cultural es inevitable. Por ello, el desarrollo de la cultura en la Cataluña autónoma depende en gran medida de los partidos políticos gobernantes. Su atención preferente deberá dedicarse al ámbito de la enseñanza. Sin una base mínima de catalanización escolar no será posible una transformación futura. Para ello cabe concienciar al maestro, como viene realizándose desde hace algunos años a través de cursos de adaptación (como los ofrecidos por «Rosa Sensat»). Pero el cambio, en este orden, debe ser radical. Las instituciones autonómicas deben reclamar el traspaso de funciones en todos los grados de enseñanza y readecuar el conjunto en un programa a medio y a largo plazo. No es fácil transformar organismos viciados por el uso. Y tampoco es fácil saber confeccionar planes de estudio que no hieran susceptibilidades en Cataluña (en las comunidades de habla catalana y de habla no catalana) y fuera de ella.

Pero, dada la naturaleza de nuestras sociedades industriales, el peso cultural más importante le corresponde a la televisión. Pujol es consciente de ello y sabe que obtener un canal de televisión en catalán constituiría un paso decisivo para incorporar a buena parte de la población a sus propósitos culturales y políticos. Sin embargo, el monopolio de televisión es aquí una cuestión de Estado. Difícilmente Adolfo Suárez permitirá una descentralización televisiva. Las posibilidades culturales catalanas estarán en función, por tan-

to, de los medios que los políticos pacten en Madrid, por lo menos en un primer estadio. Sería absurdo, sin embargo, que Cataluña prescindiera de la segunda capitalidad castellana que sigue ostentando. Barcelonesas son las editoriales en lengua castellana más importantes no sólo de España, sino de América. El mundo del libro es todavía inseparable del de la cultura. Desde la identidad catalana debe tenderse a la universalidad. Cataluña forma parte de España y de Europa. ¿Cómo en nuestro siglo es posible atender a fórmulas nacionalistas cuando los intereses de las comunidades aparecen hoy tan vinculados? No cabe duda de que el país vive un estadio histórico muy anterior.

Y puesto que no es inviable que Cataluña se convierta en un estado federal dentro de una comunidad de estados españoles, cabe pensar también en una posible federación de cuantos se sientan vinculados a la lengua catalana, una vez superados los primeros tiempos de marcado y hasta rabioso individualismo. El proceso autonómico puede ser rico en el futuro, y hoy aparece sugestivamente. Convendrá, con todo, esperar a que la democracia sepa no sólo defender los intereses de las mayorías en las comunidades, sino respetar y alentar a las minorías. Prescindir del castellano como lengua común —segunda lengua occidental— sería una utopía catastrófica. Lo que Ferrater Mora llamó «formas de vida catalana» no implican necesariamente un empobrecimiento, sino, al contrario, un enriquecimiento mutuo y la comprensión de cuanto todavía sigue siendo nebuloso. La política cultural autonómica debe circular entre el pragmatismo y la esperanza. Porque, pese a todo, no es justo hablar de «desencanto» en este sentido, sino de esperanza. El futuro autonómico puede formar parte de una utopía que no necesariamente ha de resultar



do algo negativo. Un hombre más libre, que realice menos esfuerzos para su supervivencia, menos apegado a lo material cotidiano, en un mundo menos contaminado, más racional, más justo puede pasar por la autonomía. Necesariamente habrá que pasar por ella. Y en esta sociedad, en la que las fronteras serán cada vez menos perceptibles, la autonomía y la cultura tendrán que encontrar su tiempo, mirando hacia el futuro mucho más que hacia el pasado.